

¡Que inventen ellos!

Hay un punto en que los historiadores modernos del suceder español coinciden: en la interpretación de nuestra historia, a partir del siglo XVI, como una pugna primero y el resultado de ella después, entre dos concepciones del Mundo totalmente diferentes. Más aun contradictorias. Entre la concepción española, de un orden cristiano y la concepción europea.

Si hemos adjetivado la concepción española de «cristiana» es porque hay abundantes razones para hacerlo, aunque no viene al caso ahora exponerlas. Al contrario, hemos escrito concepción europea a secas, porque no podemos adjetivarla, con un rasgo único, pues ha sido un mosaico de ideas.

Y es, que, en realidad, salvo en lo físico, no ha habido coincidencia real entre los puntos de vista de los países europeos. Los países del Norte, entre brumas, son, no cabe duda, una Europa un tanto «rara». Inglaterra por propia voluntad y España por propia, unas veces y por extrañas

otras, en actitudes marginales, han hecho del continente un pequeño espacio de tres o cuatro naciones. No creemos haya existido nunca «conciencia europea» pues en las épocas en que Europa marchó en bloque, no la inspiró una conciencia europea sino cristiana unas veces, o de otra índole, otras. Ahora una relativa conciencia antimarxista, o mejor dicho antirrusa. (Todo el proceso de integración actual de Europa, todas las asambleas, todos los pactos, suenan a hueco).

Resumiendo y proyectando Europa sobre España, lo que Europa es, traducido en mente española, es, valga la perogrullada: lo que no es español.

Son estos los dos ejércitos en lucha: lo español y lo europeo. Y estas las dos banderas de combate: Españolización. Europeización.

En torno a ellas se han agrupado los españoles a lo largo de muchas centurias. Hasta Westfalia y un par de siglos después de un modo instintivo, irreflexi-

vo, si se quiere, sin haberse inventado todavía estos vocablos. Desde 1898, ya con toda la carga intelectual que esta generación metió en ellos.

Y esta es la posición de síntesis: «españolización en los fines, y europeización en los medios».

La frase que encabeza este artículo, de españolización a ultranza, explosión de un nacionalismo cerrado, ni que decir tiene que es completamente inactual. El «que inventen ellos» es una culminación del quijotismo, hecho religión natural de España. (Y es que Unamuno, a pesar de su titánico estuerzo por universalizarse y universalizar al par, nos resulta muchas veces localista y castizo, como un concejal de pueblo). Es finalmente Expresión, de un patriotismo inoperante y justamente lo que necesitamos es un patriotismo que opere, sin retórica, un patriotismo que se traduzca en fundiciones de acero, en conciertos para piano y orquestas y en kilowatios hora.

JUAN DE MIGUEL

Huelva, 26 Enero 54.

La verdad

es el lenguaje del falangista. El mentiroso es un cobarde. La verdad es a veces difícil, pero por eso es falangista. La mentira y el engaño son incompatibles con nuestro modo de ser.

ben de ser quitos de pecho, et no son tenudos de ir en hueste nin en cabalgada, nin de tomar otro oficio sin su placer...» dice en la Ley VIII.

Excepcionales concesiones para aquella lejana edad de hierro, donde la espada y la fuerza imperaban y que nos muestran cumplidamente, cuan delicado era su espíritu y extremada su afición a la enseñanza para instarle a dar a la luz leyes que incluso sobrepasan a las actuales al derramar, generosamente, privilegios sobre los docentes.

Destaquemos por último, su original sistema de previsión de cátedras, haciendo de preceder a las pruebas de aptitud y consiguiente entrega de licencia, una serie de lecciones prácticas, con lo que se asemeja al procedimiento de los modernos cursillos para provisión de cátedras de Instituto...

Nosotros, hombres del siglo XX, dedicados a la labor tan hermosa como árdua, de forjar hombres para España, en este rincón manchego, con nuestras tribulaciones, nuestras desesperanzas, anejas casi siempre a la tarea, proponemos este modesto apunte como homenaje de admiración a tan gentil y señora figura de nuestra Historia. Un lazo ideal nos une— a través de setecientos años— con este hombre singular, delicado y de fino espíritu, al que también acongojaron multitud de desdichas en su vida privada, ya que como dice Marquina:

...De tanto mirar al Cielo
se le cayó la corona.

F. CARVALLO